MINIMA TROTTA

Min.

Simone Weil. **La *Ilíada* o el poema de la fuerza**

La *Ilíada* o el poema de la fuerza

La *Ilíada* o el poema de la fuerza

Simone Weil

MINIMA TROTTA

MINIMA TROTTA

Título original: L’Iliade ou le poème de la force

© Éditorial Trotta, S.A., 2023
http://www.trotta.es

© Éditions Gallimard, París, 1989

© Agustín López y María Tabuyo, traducción, 2023

© Carlos Ortega, traducción, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (edición digital e-pub): 978-84-1364-225-3

CONTENIDO

Nota editorial
La *Ilíada* o el poema de la fuerza
Cuadernos (selección)

NOTA EDITORIAL

El ensayo sobre la *Ilíada* tuvo una gestación larga. Un primer plan se remonta a 1936, seguramente como parte del proyecto de presentar textos literarios de la antigua Grecia a los trabajadores de la fábrica de Rosières. En 1937, Simone Weil traduce para su amigo Jean Posternak una selección de versos que se encuentran, le escribe, entre «lo más fuerte, lo más conmovedor y lo más verdadero» que conoce. De 1937 son también una larga anotación sobre la fuerza con citas de la *Ilíada* en el primero de sus *Cuadernos* y los apuntes de su curso de filosofía en Saint-Quentin, donde leemos: «Homero es el único que presenta la muerte en toda su amargura, que no romantiza la guerra, que la rebaja a las susceptibilidades de los dioses». Los esbozos iniciales, bajo el lema de «La *Ilíada* o la filosofía de la fuerza», probablemente daten de 1938-1939. Coinciden con un intenso periodo de lecturas y relecturas: los historiadores griegos y latinos, crónicas medievales, la correspondencia de T. E. Lawrence, Ovidio y Juvenal, Agrippa d'Aubigné y Théophile de Viau, además de la propia *Ilíada*, Esquilo y Sófocles, entre otros. Es además la época, en los pródromos de la guerra mundial, en que Simone Weil renuncia a sus posiciones pacifistas[1].

«La *Ilíada* o el poema de la fuerza» estuvo destinado en un principio a las prestigiosas páginas de *La Nouvelle Revue Française*. Jean Paulhan, su director, pidió a la autora recortar las citas del poema y suprimir los párrafos finales del texto. Simone Weil se negó, argumentando que prefería esperar a que pudiera publicarse el escrito completo, aunque fuera en dos partes. Cuando en junio de 1940 deja París acompañando a sus padres, el artículo no tiene visos de aparecer. Verá la luz en su integridad, ya en Marsella, en las páginas de *Cahiers du Sud*, la revista dirigida por Jean Ballard, en los números 230 y 231,

de diciembre de 1940 y enero de 1941, firmado con el anagrama *Émile Novis*. Para esas mismas páginas compondrá Simone Weil un poco después los dos escritos sobre el país de Oc[2].

El ensayo está recogido actualmente en la edición de *OEuvres complètes*[3]. En español, y en esta misma traducción, puede leerse también en *La fuente griega* y en los *Escritos históricos y políticos*, libros ambos publicados en esta editorial[4]. La presente edición añade extractos relacionados, tomados de los *Cuadernos*, sobre el tema de la guerra y la fuerza[5].

1. Véase S. Pétrement, *Vida de Simone Weil*, trad. de F. Díez del Corral, Trotta, Madrid, 1997, los capítulos «La experiencia interior. Renuncia al pacifismo. Lecturas (1938-1939)» y «El primer año de la guerra (1939-1940)», pp. 491-547.

2. Ambos, en traducción de Carmen Revilla, en S. Weil, *La agonía de una civilización y otros escritos de Marsella*, Trotta, Madrid, 2022, pp. 25-50.

3. En concreto, en el volumen 3 del tomo II dedicado a los *Écrits historiques et politiques*: *Vers la guerre (1937-1940)*, ed. de S. Fraisse, Gallimard, París, 1989, pp. 227-253. Véase ahí mismo el apartado «Genèse de l'article sur l'*Iliade*», pp. 304-309.

4. S. Weil, *La fuente griega*, trad. (del resto de los textos) de José Luis Escartín y María Teresa Escartín, Trotta, Madrid, 2005, pp. 15-43; S. Weil, *Escritos históricos y políticos*, prólogo de Francisco Fernández Buey, trad. de Agustín López y María Tabuyo, Trotta, Madrid, 2007, pp. 287-310.

5. S. Weil, *Cuadernos*, trad., comentarios y notas de Carlos Ortega, Trotta, Madrid, 2001. Las páginas correspondientes se indican al pie de cada uno de los textos.

LA *ILÍADA* O EL POEMA DE LA FUERZA*

El verdadero héroe, el verdadero tema, el centro de la *Ilíada*, es la fuerza. La fuerza manejada por los hombres, la fuerza que somete a los hombres, la fuerza ante la que se retrae la carne de los hombres. El alma humana aparece sin cesar modificada por sus relaciones con la fuerza, arrastrada, cegada por la fuerza de que cree disponer, encorvada bajo la presión de la fuerza que sufre. Quienes habían soñado que la fuerza, gracias al progreso, pertenecía en adelante al pasado, han podido ver en ese poema un documento; los que saben discernir la fuerza, hoy como antaño, en el centro de toda historia humana, encuentran ahí el más bello, el más puro de los espejos.

La fuerza es lo que hace una cosa de cualquiera que le esté sometido. Cuando se ejerce hasta el extremo, hace del hombre una cosa en el sentido más literal, pues hace de él un cadáver. Había alguien, y, un instante más tarde, no hay nadie. Es un cuadro que la *Ilíada* no deja de presentarnos:

> ... los caballos
> hacían resonar los carros vacíos por los caminos de la guerra.
> En duelo de sus conductores sin reproche. Ellos sobre la tierra yacían, más queridos
> de los buitres que de sus esposas*.
>
> [XI, 159-162]

El héroe es una cosa arrastrada detrás de un carro entre el polvo:

> ... Alrededor, los cabellos
> negros estaban esparcidos, y la cabeza entera en el polvo

yacía, antes encantadora; ahora Zeus a sus enemigos
había permitido envilecerla sobre su tierra natal.

[XXII, 401-404]

Saboreamos pura la amargura de ese cuadro, sin que venga a alterarla ninguna ficción reconfortante, ninguna inmortalidad consoladora, ninguna insulsa aureola de gloria o de patria.

Su alma fuera de sus miembros voló, fue al Hades,
llorando su destino, dejando su virilidad y su juventud.

[XXII, 362-363]

Más desgarradora todavía, por lo doloroso que resulta el contraste, es la evocación súbita, rápidamente desvanecida, de otro mundo, el mundo lejano, precario y conmovedor de la paz, la familia, ese mundo donde cada hombre es para quienes le rodean lo que más importa.

Ella gritaba a sus sirvientas de hermosos cabellos
que pusieran junto al fuego unas grandes trébedes para preparar
un baño caliente para Héctor a la vuelta del combate.
¡Ingenua! No sabía que muy lejos de los baños calientes
el brazo de Aquiles lo había sometido, a causa de Atenea,

la de los ojos verdes.

[XXII, 442-446]

Cierto, lejos de los baños calientes estaba el desdichado. No era el único. Casi toda la *Ilíada* transcurre lejos de los baños calientes. Casi toda la vida humana transcurre siempre lejos de baños calientes.

La fuerza que mata es una forma sumaria, grosera de la fuerza. Cuán más variada en sus procedimientos, cuán más sorprendente en sus efectos, es la otra fuerza, la que no mata; es decir, la que no mata todavía. Sin duda matará, o matará tal vez, o está solamente suspendida sobre el ser al que a cada instante puede matar; de todos modos, transforma al hombre en piedra. Del poder de transformar a

un hombre en cosa haciéndole morir procede otro poder, mucho más prodigioso, el de transformar en cosa a un hombre que está vivo. Vive, tiene un alma, y es, sin embargo, una cosa. Extraño ser, una cosa que tiene un alma; extraño estado para el alma. ¿Quién dirá cómo el alma tiene que torcerse y replegarse a cada instante sobre sí para conformarse a ello? El alma no está hecha para habitar una cosa; cuando se la obliga a hacerlo, no hay ya nada en ella que no sufra violencia.

Un hombre desarmado y desnudo contra el que se dirige un arma se convierte en cadáver antes de ser tocado. Todavía por un momento calcula, actúa, espera:

Pensaba, inmóvil. El otro se aproxima, completamente sobrecogido,

ansioso por tocar sus rodillas. Quería en su corazón

escapar a la muerte malvada, al negro destino...

[XXI, 64-66]

Y con un brazo estrechaba sus rodillas suplicante,
con el otro sostenía la aguda lanza sin soltarla...

[XXI, 71-72]

Pero pronto comprendió que el arma no se desviaría, y, aunque respire, no es ya más que materia, ser pensante que ya no puede pensar en nada:

Así habló el brillante hijo de Príamo

con palabras suplicantes. Oyó una palabra inflexible:

[XXI, 97-98]

Dijo; al otro le desfallecen las rodillas y el corazón;

suelta la lanza y cae sentado, las manos tendidas,

las dos manos. Aquiles desenvaina su aguda espada,

le hiere en la clavícula, a lo largo del cuello; y toda entera

hunde la espada de doble filo. Él, el rostro en tierra,
yace extendido, y la oscura sangre corre humedeciendo la tierra.

[XXI, 114-119]

Cuando, fuera del combate, un extranjero débil y desarmado suplica a un guerrero, no por ello está condenado a muerte; pero un instante de impaciencia por parte del guerrero bastaría para quitarle la vida. Es suficiente para que su carne pierda la principal propiedad de la carne viva. Un pedazo de carne viva manifiesta la vida ante todo por el sobresalto; una pata de rana se sobresalta ante una descarga eléctrica; el aspecto próximo o el contacto de algo horrible o aterrador hace que se sobresalte cualquier agregado de carne, nervios y músculos. Solo un suplicante así no se estremece, no tiembla; no tiene permiso para ello; sus labios tocarán el objeto para él más cargado de horror:

No vieron entrar al gran Príamo. Se detuvo,

abrazó las rodillas de Aquiles, besó sus manos,
terribles, matadoras de hombres, que habían matado a tantos.

de sus hijos.

[XXIV, 477-479]

El espectáculo de un hombre reducido a ese grado de desdicha hiela casi tanto como el aspecto de un cadáver:

Como cuando la dura desdicha embarga a alguien, cuando en su país

ha matado, y llega a la casa de otro,

de algún rico; un escalofrío sacude a los que le ven;
así Aquiles se estremeció al ver al divino Príamo.
También los otros se estremecieron, mirándose unos a otros.

[XXIV, 480-484]

Pero es solo un momento, y pronto se olvida la misma presencia del desdichado:

Dijo. El otro, pensando en su padre, deseaba llorar;
cogiéndole por el brazo empujó un poco al anciano.
Los dos recordaban, uno a Héctor, matador de hombres,
y se deshacía en lágrimas a los pies de Aquiles, contra la tierra;
pero Aquiles lloraba a su padre, y por momentos también

a Patroclo; sus sollozos llenaban la casa.

[XXIV, 507-512]

No es por insensibilidad por lo que Aquiles con un gesto empuja al suelo al viejo agarrado a sus rodillas; las palabras de Príamo evocando a su anciano padre le han conmovido hasta las lágrimas. Simplemente se siente libre en sus actitudes, en sus movimientos, como si en lugar de un suplicante fuera un objeto inerte lo que tocaba sus rodillas. Los seres humanos que nos rodean tienen por su sola presencia un poder, que solo les pertenece a ellos, de detener, reprimir y modificar cada uno de los movimientos que esboza nuestro cuerpo; un transeúnte no desvía nuestro camino por una carretera de la misma manera que un rótulo; uno no se levanta, no camina, no se sienta en su habitación de la misma manera cuando está solo que cuando tiene una visita. Pero esta influencia indefinible de la presencia humana no es ejercida por los hombres a los que un movimiento de impaciencia puede privar de la vida antes incluso de que un pensamiento haya tenido tiempo de condenarle a muerte. Ante ellos, los otros se mueven como si no estuvieran allí; y ellos, a su vez, en peligro de ser reducidos a nada en un instante, imitan a la nada. Empujados, caen; caídos, permanecen en tierra tanto tiempo como el azar no haga que alguien piense en levantarlos. Pero al fin levantados, honrados con palabras cordiales, no se les ocurre tomar en serio esa resurrección, atreverse a expresar un deseo; una voz irritada les devolvería inmediatamente al silencio:

Dijo, y el anciano tembló y obedeció.

[XXIV, 571]

Al menos los suplicantes, una vez atendidos, vuelven a ser hombres como los demás. Pero hay seres más desdichados que, sin morir, se convierten en cosas para toda la vida. No hay en sus días ninguna posibilidad, ningún vacío, ningún campo libre para nada que proceda de sí mismos. No son hombres que vivan más duramente que otros, situados socialmente por debajo de otros; es otra especie humana, un compromiso entre el hombre y el cadáver. Que un ser humano sea una cosa es, desde el punto de vista lógico, una contradicción; pero cuando lo imposible se ha hecho realidad, la contradicción se hace desgarro en el alma. Esta aspira en todos los momentos a ser un hombre, una mujer, y en ningún momento lo logra. Es una muerte que se estira a lo largo de toda una vida; una vida que la muerte ha congelado mucho tiempo antes de suprimirla.

La virgen, hija de un sacerdote, sufrirá esa suerte:

No la devolveré. Antes se apoderará de ella la vejez,
en nuestra morada, en Argos, lejos de su país,
corriendo hacia el telar, viniendo a mi lecho.

[I, 29-31]

La joven, la madre, esposa del príncipe, sufrirá esa suerte:

Y quizás un día, en Argos, tejas la tela para otra

y lleves el agua de la fuente Meseida o Hiperea
muy a tu pesar, bajo la presión de una dura necesidad.

[VI, 456-458]

El niño heredero del cetro real también la sufrirá:

Sin duda irán al fondo de las cóncavas naves,

yo entre ellas; tú, hijo mío, o conmigo

me seguirás y harás trabajos envilecedores

penando ante los ojos de un amo sin dulzura...

[XXIV, 731-734]

Tal suerte, a ojos de la madre, es tan terrible para su hijo como la misma muerte; el esposo desea perecer antes que ver a su mujer reducida a esa condición; el padre invoca todas las plagas del cielo contra el ejército que somete a su hija. Pero en aquellos sobre quienes se abate, un destino tan brutal borra las maldiciones, las rebeldías, las comparaciones, las reflexiones sobre el futuro y el pasado, casi el recuerdo. No corresponde al esclavo ser fiel a su ciudad y a sus muertos.

Cuando sufre o muere uno de aquellos que le han hecho perder todo, que han asolado su ciudad, que han asesinado a los suyos ante sus ojos, es entonces cuando el esclavo llora. ¿Por qué no? Solo entonces se le permiten las lágrimas. Incluso se le imponen. Pero en la esclavitud ¿no están prestas las lágrimas a derramarse en cuanto pueden hacerlo impunemente?

Ella dijo, llorando, y las mujeres gimieron,
tomando como pretexto a Patroclo, cada una por sus propias angustias.

[XIX, 301-302]

En ninguna ocasión el esclavo tiene derecho a expresar nada, sino lo que puede complacer a su amo. Por eso, si un sentimiento puede punzar y animar un poco una vida tan lúgubre, no puede ser otro que el amor al amo; cualquier otro camino está cerrado al don de amar, lo mismo que para un caballo uncido las varas, las riendas, el bocado, todos los caminos salvo uno están cerrados. Y si por un milagro aparece la esperanza de volver a ser algún día, por favor, alguien, a qué grado no llegarán el reconocimiento y el amor por hombres hacia los que un pasado muy reciente todavía debería inspirar horror:

A mi esposo, a quien mi padre y mi respetada madre me habían entregado,

lo vi ante mi ciudad traspasado por el agudo bronce.
¡Mis tres hermanos, nacidos de una misma madre, tan
queridos! encontraron el día fatídico.
Pero tú no me dejaste, cuando mi marido por el rápido Aquiles

fue muerto, y destruida la ciudad del divino Mines,
derramar lágrimas; me prometiste que el divino
Aquiles
me tomaría por legítima esposa y me llevaría en sus naves

a Ftía, a celebrar el matrimonio entre los mirmidones.
Por eso te lloro sin descanso, a ti que siempre fuiste dulce.

[XIX, 291-300]

No se puede perder más de lo que pierde el esclavo; este pierde toda su vida interior. No la recupera en alguna medida más que cuando aparece la posibilidad de cambiar de destino. Ese es el imperio de la fuerza: ese imperio llega tan lejos como el de la naturaleza. También la naturaleza, cuando entran en juego las necesidades vitales, borra toda vida interior e incluso el dolor de una madre:

Pues incluso Níobe la de hermosos cabellos pensó en comer,
ella, cuyos doce hijos murieron en su casa,
seis hijas y seis hijos en la flor de la edad.
A ellos los mató Apolo con su arco de plata
encolerizado contra Níobe; a ellas, Ártemis, que ama las flechas.
Porque ella se había comparado a Leto, la de hermosas mejillas,
diciendo: «Tiene dos hijos, yo engendré muchos».
Y los dos, aunque no fuesen más que dos, hicieron morir a todos.

Nueve días yacieron en la muerte; nadie vino
a enterrarlos. Las gentes se habían convertido en piedras

por voluntad de Zeus.
Y el décimo día fueron sepultados por los dioses del cielo.
Pero ella pensó en comer, cuando estaba fatigada por las lágrimas.

[XXIV, 602-613]

Nunca se expresó con tanta amargura la miseria del hombre, que incluso le hace incapaz de sentir su miseria.

La fuerza manejada por otros se impone sobre el alma como el hambre extrema, puesto que consiste en un poder perpetuo de vida y de muerte. Y es una imposición tan fría, tan dura como si fuera ejercida por la materia inerte. El hombre que se siente en todas partes el más débil está en el centro de la ciudad tan solo o más solo de lo que pueda estarlo un hombre perdido en medio del desierto.

Dos toneles están colocados en el umbral de Zeus,
donde están los dones que él concede, malos en uno, buenos

en otro...

[XXIV, 527-528]

A quien otorga dones funestos, le expone a ultrajes;
la horrible necesidad lo expulsa a través de la tierra divina;
vaga errante y no recibe atención ni de hombres ni de dioses.

[XXIV, 531-533]

Tan despiadadamente aplasta la fuerza, tan despiadadamente embriaga a quien la posee o cree poseerla. Nadie la posee verdaderamente. En la *Ilíada* los hombres no están divididos en vencidos, esclavos y suplicantes, por un lado, y vencedores y jefes, por otro; no hay en ella un solo hombre que no se vea, en algún momento, obligado a doblegarse bajo la fuerza. Los soldados, aunque libres y armados, no por ello dejan de sufrir órdenes y ultrajes:

A todo hombre del pueblo que veía y gritaba,

con su cetro lo golpeaba y reprendía de este modo:
«Miserable, mantente tranquilo, escucha hablar a los otros,

tus superiores. No tienes valor ni fuerza,
no cuentas para nada en el combate, para nada en la asamblea...».

[II, 198-202]

Tersites paga caras unas palabras que son sin embargo perfectamente razonables, y que se parecen a las que pronuncia Aquiles.

Le golpeó; él se encorvó, sus lágrimas corrían presurosas,

un tumor sangrante se formó en su espalda

bajo el cetro de oro; se sentó y tuvo miedo.

En el dolor y el estupor se enjugaba las lágrimas.
Los demás, a pesar de su pena, se complacían de ello y reían.

[II, 266-270]

Pero el propio Aquiles, héroe altivo, invicto, se nos muestra desde el principio del poema llorando de humillación y de dolor impotente, después de que le arrebaten ante sus ojos a la mujer que quería hacer su esposa, sin que osara oponerse a ello.

... Pero Aquiles,

llorando se sentó lejos de los suyos, apartado,
al borde de las olas blanquecinas, la mirada sobre el mar vinoso.

[I, 348-350]

Agamenón ha humillado a Aquiles deliberadamente, para demostrar que es el amo:

... Así sabrás

que puedo más que tú, y cualquier otro vacilará
antes de tratarme como un igual y levantar la cabeza ante mí.

[I, 185-187]

Pero unos días más tarde, el jefe supremo llora a su vez, se ve obligado a rebajarse, a suplicar, y siente el dolor de hacerlo en vano[1].

La vergüenza del miedo tampoco se le ahorra a ningún combatiente. Los héroes tiemblan como los demás. Basta un desafío de Héctor para consternar a todos los griegos sin excepción, salvo Aquiles y los suyos, que están ausentes:

Dijo, y todos callaron y guardaron silencio;
se sentían avergonzados por rehusar, y tenían miedo de aceptar.

[VII, 92-93]

Pero cuando Áyax se acerca, el miedo cambia de lado:

un escalofrío de terror hizo desfallecer los miembros de los troyanos;

al propio Héctor, el corazón le saltó en el pecho;
pero no tenía derecho a temblar ni a refugiarse...

[VII, 215-217]

Dos días después, Áyax siente a su vez el terror:

Zeus, el padre, desde lo alto, despertó el miedo en Áyax.
Se detiene, sobrecogido, deja tras de sí el escudo de siete pieles,
tiembla, mira perdido a la muchedumbre, como un animal...

[XI, 544-546]

Al propio Aquiles también le tocará una vez temblar y gemir de miedo, ante un río, es verdad, no ante un hombre[2]. Salvo él, absolutamente todos aparecen vencidos en algún momento. El valor contribuye menos a determinar la victoria que el ciego destino, representado por la balanza de oro de Zeus.

En ese momento, Zeus el padre desplegó su balanza de oro.
Puso en ella dos suertes de la muerte que todo lo siega,
una para los troyanos domadores de caballos, otra para los griegos

de túnicas de bronce.
La cogió por el centro, y cayó el día fatal sobre los griegos.

[VIII, 69-72]

A fuerza de ser ciego, el destino establece una especie de justicia, ciega también, que castiga a los hombres armados con la pena del talión; la *Ilíada* la formuló mucho antes que el Evangelio, y casi en los mismos términos:

> Ares es justo, y mata a los que matan.
>
> [VIII, 309]

Si todos están destinados al nacer a sufrir la violencia, es esa una verdad que la fuerza de las circunstancias oculta al espíritu de los hombres. El fuerte no es nunca absolutamente fuerte, ni el débil absolutamente débil, pero ambos lo ignoran. No se creen de la misma especie; ni el débil se considera semejante al fuerte, ni es considerado como tal. Quien posee la fuerza camina por un medio que no ofrece resistencia, sin que nada, en la materia humana que le rodea, suscite entre el impulso y el acto ese breve intervalo en que se aloja el pensamiento. Donde el pensamiento no tiene lugar, no hay justicia ni prudencia. Por eso mismo esos hombres armados actúan con dureza y alocadamente. Su arma se hunde en un enemigo desarmado que está a sus pies; triunfan sobre el moribundo describiéndole los ultrajes que sufrirá su cuerpo[3]; Aquiles degüella a doce adolescentes troyanos sobre la hoguera de Patroclo con tanta naturalidad como nosotros cortamos flores para una tumba[4]. Al utilizar su poder, nunca sospechan que las consecuencias de sus actos les harán doblegarse a su vez. Cuando con una palabra pueden hacer callar, temblar, obedecer a un viejo, ¿piensan que las maldiciones de un sacerdote[5] tienen importancia a ojos de los adivinos? ¿Se abstienen de llevarse a la mujer amada de Aquiles cuando saben que ella y él solo podrán obedecer[6]? Cuando disfruta viendo huir a los miserables griegos[7], ¿piensa Aquiles que esa huida, que durará y acabará cuando él quiera, hará perder la vida a su amigo y a él mismo? Así es como perecen aquellos a quienes la suerte les presta la fuerza por contar demasiado con ella.

Es imposible que no perezcan, pues no consideran la limitación de su propia fuerza ni sus relaciones con los otros como un equilibrio entre fuerzas desiguales. Los otros hombres no imponen a sus movimientos esa pausa de la que surge la consideración de los semejantes; concluyen de ello que el destino les ha dado todos los derechos, y ninguno a sus inferiores. Desde ese momento, van más allá de las fuerzas de que disponen. Van inevitablemente más allá, ignorando su limitación. Quedan entonces entregados al azar sin recursos, y las cosas ya no les obedecen. A veces el azar les beneficia; otras veces les perjudica; helos ahí, expuestos desnudos a la desdicha, sin la coraza de poder que protegía su alma, sin que ya nada les separe de las lágrimas.

Este castigo de rigor geométrico, que sanciona automáticamente el abuso de la fuerza, fue objeto de meditación entre los griegos. Constituye el alma de la epopeya; con el nombre de Némesis, es el motor de las tragedias de Esquilo; los pitagóricos, Sócrates, Platón, partieron de ahí para reflexionar sobre el hombre y el universo. La idea se hizo familiar en todas partes donde penetró el helenismo. Tal vez sea esa idea griega la que subsiste, bajo el nombre de *karma*, en los países de Oriente impregnados por el budismo; pero Occidente la perdió y ya ni siquiera tiene en ninguna de sus lenguas una palabra que la exprese; las ideas de límite, medida, equilibrio, que deberían determinar la conducta de la vida, no tienen ya más que un empleo servil en la técnica. No somos geómetras más que ante la materia; los griegos fueron primero geómetras en el aprendizaje de la virtud.

En la *Ilíada*, la marcha de la guerra consiste solamente en ese juego de la balanza. El vencedor del momento se siente invencible, aunque unas horas antes hubiera experimentado la derrota; no considera la victoria como algo transitorio. Después del primer día de combate que cuenta la *Ilíada*, los griegos victoriosos podrían sin duda alcanzar el objeto de sus esfuerzos, es decir, Helena y sus riquezas; al menos si se supone, como es el caso de Homero, que el ejército griego tenía razones para creer a Helena en Troya. Los sacerdotes egipcios, que lo

debían de saber, afirmaron más tarde a Heródoto que se encontraba en Egipto[8]. De todas maneras, aquella noche los griegos ya no querían eso:

«Que no se acepte ahora ni los bienes de Paris,
ni a Helena; todos ven, hasta el más ignorante,
que Troya está ya al borde de su perdición».
Dijo; todos los aqueos lo aclamaron.

[VII, 403]

Lo que quieren es simplemente todo. Todas las riquezas de Troya como botín, todos los palacios, los templos y las casas reducidos a cenizas, todas las mujeres y todos los niños como esclavos, todos los hombres como cadáveres. Olvidan un detalle: que no todo está en su poder, pues no están en Troya. Tal vez mañana estén allí, tal vez no.

Ese mismo día Héctor se deja llevar por el mismo olvido:

Pues sé bien en mis entrañas y en mi corazón

que llegará un día en que perecerá la santa Ilión,
y Príamo, y la nación de Príamo el de la buena lanza.
Pero pienso menos en el dolor que se prepara a los troyanos,

y en la misma Hécuba, y en Príamo el rey,

y en mis hermanos, que numerosos y valientes
caerán en el polvo bajos los golpes de los enemigos,
que en ti, cuando uno de los griegos de coraza de bronce

te arrastre entre lágrimas, quitándote la libertad.

[VI, 447-455]

¡Que yo muera y la tierra me cubra antes
de oírte gritar y verte arrastrada!

[VI, 464-465]

¿Qué no ofrecería en ese momento para alejar los horrores que cree inevitables? Pero toda ofrenda sería vana. Dos días después, los griegos

huyen miserablemente y el mismo Agamenón querría volver al mar. Héctor, que, cediendo algo, conseguiría fácilmente la retirada del enemigo, no quiere dejarles partir con las manos vacías:

Encendamos fuegos por doquier y que suba al cielo su resplandor

no sea que en la noche los griegos de largos cabellos
traten de huir por el amplio dorso de los mares...

[VIII, 509-511]

Que más de uno tenga una flecha que soportar,

[VIII, 513]

... para que todo el mundo tema
llevar a los troyanos, domadores de caballos, a la guerra que produce llanto.

[VIII, 515-516]

Su deseo se realiza; los griegos se quedan, y al día siguiente, a mediodía, hacen de él y de los suyos un objeto lastimoso:

A través de la llanura huían como vacas
a las que ahuyenta un león, llegado en medio de la noche...

[XI, 172-173]

Así los perseguía el poderoso Atrida Agamenón,
matando sin cesar a los rezagados; ellos huían.

[XI, 177-178]

En el curso de la tarde Héctor adquiere ventaja de nuevo, retrocede luego, después derrota a los griegos, más tarde es rechazado por Patroclo y sus tropas de refresco. Patroclo, llevando su ventaja más allá de sus fuerzas, termina por encontrarse expuesto, sin armadura y herido, a la espada de Héctor, y, por la noche, Héctor victorioso acoge con duras reprimendas la prudente advertencia de Polidamante:

«Ahora que he recibido del hijo de Cronos artero

la gloria junto a las naves, acorralando contra el mar a los griegos,
¡imbécil!, no propongas tales consejos ante el pueblo.

Ningún troyano te escuchará; yo no lo permitiré»...

[XVIII, 293-296]

Así habló Héctor, y los troyanos le aclamaron...

[XVIII, 310]

Al día siguiente Héctor está perdido. Aquiles le ha hecho retroceder a través de la llanura y va a matarle. Siempre fue el más fuerte de los dos en el combate; ¡cuánta ventaja tras varias semanas de descanso, arrastrado por la venganza y la victoria, contra un enemigo agotado! He aquí a Héctor, solo, ante las murallas de Troya, completamente solo, esperando la muerte y tratando de que su alma le haga frente:

¡Ay! si pasara detrás de la puerta y la muralla,
Polidamante el primero me haría avergonzarme...

[XXII, 99-100]

Ahora que he perdido a los míos por la locura,
temo a los troyanos y a las troyanas de largos velos
y que no oiga decir a los menos valientes que yo:
«Héctor, confiando demasiado en su fuerza, perdió al país».

[XXII, 104-107]

¿Y si, no obstante, dejara mi abombado escudo,

mi buen casco, y, apoyando mi lanza en la muralla,
fuera hacia el ilustre Aquiles, a su encuentro?...

[XXII, 111-113]

¿Pero por qué mi corazón me da tales consejos?
No me acercaré a él; no tendría piedad,
ni respeto ninguno; me mataría, si estuviera así desnudo,

como a una mujer...

[XXII, 122-125]

Héctor no escapa a ninguno de los dolores y vergüenzas que afectan a los desdichados. Solo, despojado del prestigio de su fuerza, el valor que lo ha mantenido fuera de la muralla no le preserva de la huida:

Héctor, al verle, fue preso del temblor. No pudo decidirse

a permanecer...

[XXII, 136-137]

... No es por una oveja o por la piel de un buey
por lo que se esfuerzan, recompensas ordinarias de la carrera;
corren por una vida, la de Héctor, domador de caballos.

[XXII, 159-161]

Herido de muerte, aumenta el triunfo del vencedor mediante súplicas vanas:

Te imploro por tu vida, por tus rodillas, por tus padres...

[XXII, 338]

Pero los que escuchaban la *Ilíada* sabían que la muerte de Héctor debía dar una corta alegría a Aquiles, y la muerte de Aquiles, una corta alegría a los troyanos, y la aniquilación de Troya, una corta alegría a los aqueos.

Así, la violencia aplasta a los que toca. Termina por parecer exterior al que la maneja y al que la sufre; nace entonces la idea de un destino ante el que los verdugos y las víctimas son igualmente inocentes, vencedores y vencidos hermanados en la misma miseria. El vencido es causa de desdicha para el vencedor, como el vencedor lo es para el vencido.

Un solo hijo le nació, para una vida corta;

envejece sin mis cuidados, pues muy lejos de la patria
permanezco ante Troya para hacerte daño a ti y a tus hijos.

[XXIV, 540-542]

Un uso moderado de la fuerza, que es lo único que permitiría escapar al engranaje, exigiría una virtud más que humana, tan poco habitual como una constante dignidad en la debilidad. Por otra parte, la moderación tampoco carece de peligro, pues el prestigio, que constituye más de las tres cuartas partes de la fuerza, está hecho ante todo de la indiferencia orgullosa del fuerte por los débiles, indiferencia tan contagiosa que se comunica a quienes son objeto de ella. Pero no es de ordinario un pensamiento político el que aconseja el exceso. Es la tentación del exceso, que es casi irresistible. A veces en la *Ilíada* se pronuncian palabras razonables; las de Tersites lo son en el más alto grado. Las de Aquiles, irritado, también lo son:

Nada vale para mí tanto como la vida, ni todos los bienes que se dice

contiene Ilión, la próspera ciudad...

[IX, 401-402]

Pues se pueden conquistar bueyes, grandes carneros...

[IX, 406]

Una vida humana, una vez que se ha ido, no se reconquista...

[IX, 408]

Pero las palabras razonables caen en el vacío. Si un inferior las pronuncia, es castigado y se calla; si es un jefe, sus actos no se ajustan a ellas. Y, si es preciso, se encuentra siempre un dios para aconsejar la sinrazón. Al final, la idea misma de que se puede escapar a la ocupación asignada por la suerte, la de matar y morir, desaparece del espíritu:

... nosotros, a quienes Zeus

asignó, de la juventud a la vejez, penar
en dolorosas guerras, hasta que el último de nosotros muera.

[XIV, 85-87]

Esos combatientes, como mucho tiempo después los de Craonne, se sentían ya «todos condenados»[9].

Cayeron en esa situación por la trampa más simple. Al partir, su corazón es ligero, como siempre que se tiene para sí una fuerza y en contra de sí el vacío. Sus armas están en sus manos; el enemigo está ausente. Salvo cuando se tiene el alma abatida por la reputación del enemigo, se es siempre mucho más fuerte que un ausente. Un ausente no impone el yugo de la necesidad. Ninguna necesidad aparece todavía en la mente de quienes así parten, y por eso se van como si de un juego se tratara, como para unas vacaciones que apartan de la obligación cotidiana.

¿Qué fue de nuestras jactancias cuando nos afirmábamos tan valientes,

que en Lemnos vanidosamente declamabais,
hartándoos de carne de bueyes de erguidos cuernos,
bebiendo en copas desbordantes de vino?

Que a cien o doscientos de estos troyanos cada uno
haría frente en el combate; ¡y he aquí que uno solo es demasiado

para nosotros!

[VIII, 229-234]

Ni siquiera una vez probada, deja la guerra de parecer un juego. La necesidad propia de la guerra es terrible, muy distinta a la de los trabajos de la paz; el alma no se le somete más que cuando ya no puede escapar; y en tanto escapa a ella, pasa días vacíos de necesidad, días de juego, de sueño, arbitrarios e irreales. El peligro es entonces una abstracción, las vidas que se destruyen son como juguetes rotos por un niño e igualmente indiferentes; el heroísmo es una actitud teatral y manchada de jactancia. Si además, por un momento, una afluencia de vida viene a multiplicar el poder de actuar, uno se cree irresistible en virtud de una ayuda divina que garantiza contra la derrota y la muerte. La guerra es fácil entonces y amada con bajeza.

Pero en la mayor parte de los hombres ese estado no dura. Llega un día en que el miedo, la derrota, la muerte de compañeros queridos hacen que el alma del combatiente se doblegue bajo la necesidad. La guerra deja entonces de ser un juego o un sueño; el guerrero comprende al fin que existe realmente. Es una realidad dura, demasiado dura para ser soportada, pues contiene la muerte. El pensamiento de la muerte no puede ser sostenido, sino por destellos, desde el momento en que se siente que la muerte es, en efecto, posible. Es cierto que todo hombre está destinado a morir, y que un soldado puede envejecer en los combates; pero para aquellos cuya alma está sometida al juego de la guerra, la relación entre la muerte y el futuro no es la misma que para los demás hombres. Para los otros, la muerte es un límite impuesto de antemano al porvenir; para ellos, es el porvenir mismo, el porvenir que les asigna su profesión. Que los hombres tengan como porvenir la muerte es algo que va contra la naturaleza. Desde el momento en que la práctica de la guerra ha hecho perceptible la posibilidad de muerte que cada minuto encierra, el pensamiento se hace incapaz de pasar de un día al siguiente sin afrontar la imagen de la muerte. El espíritu está entonces tan tenso que no puede soportarlo mucho tiempo; pero cada alba nueva trae la misma necesidad; los días sumados a los días hacen años. El alma sufre violencia cada día. Cada mañana, el alma se mutila de toda aspiración, porque el pensamiento no puede viajar en el tiempo sin pasar por la muerte. Así, la guerra hace desvanecerse toda idea de objetivo, incluso de los objetivos de la propia guerra. Borra el pensamiento mismo de poner fin a la guerra. La posibilidad de una situación tan violenta es inconcebible cuando no se está en ella; su final es inconcebible cuando se está. Por eso, no se hace nada para conseguir ese fin. Los brazos no pueden dejar de sostener y manejar las armas en presencia de un enemigo armado; la inteligencia debería calcular para encontrar una salida, pero ha perdido toda capacidad de calcular este fin. Está toda entera ocupada en hacerse violencia. Siempre entre los hombres, se trate de servidumbre o de guerra, las desdichas intolerables perduran

por su propio peso y por eso desde fuera parecen fáciles de llevar; perduran porque quitan los recursos necesarios para salir de ellas.

Sin embargo, el alma sometida a la guerra clama por su liberación; pero la liberación misma le aparece bajo una forma trágica, extrema, bajo la forma de la destrucción. Un final moderado, razonable, dejaría desnudo al pensamiento una desdicha tan violenta que no puede soportarse ni siquiera como recuerdo. El terror, el dolor, el agotamiento, las muertes, los compañeros destruidos, no se puede creer que esas cosas puedan dejar de morder el alma si la embriaguez de la fuerza no viene a ahogarlas. La idea de que un esfuerzo sin límites pueda no aportar más que un beneficio nulo o limitado hace daño.

¿Qué? ¿Dejaremos a Príamo, a los troyanos, jactarse
de la argiva Helena, ella, por quien tantos griegos
perecieron ante Troya, lejos de la tierra natal?...

[II, 176-178]

¿Qué? ¿Deseas que dejemos la ciudad de Troya, de grandes calles,

por la que hemos sufrido tantas miserias?...

[XIV, 88-89]

¿Qué le importa Helena a Ulises? ¿Qué le importa incluso Troya, llena de riquezas que no compensarán la ruina de Ítaca? Troya y Helena solo tienen importancia como causas de la sangre y las lágrimas de los griegos; es haciéndose su dueño como es posible hacerse dueño de recuerdos espantosos. El alma a la que la existencia de un enemigo ha obligado a destruir lo que en ella había puesto la naturaleza no cree que pueda curarse si no es por la destrucción del enemigo. Al mismo tiempo, la muerte de los compañeros amados suscita una sombría emulación del morir:

¡Ah!, ¡morir de inmediato, si mi amigo ha debido
sucumbir sin mi ayuda! Muy lejos de la patria

ha muerto, y no contó conmigo para alejar la muerte...

[XIV, 98-100]

Ahora voy en busca del asesino de una cabeza tan querida,

Héctor; recibiré la muerte en el momento en que
Zeus quiera cumplirla, y todos los demás dioses.

[XIV, 114-116]

Entonces, la misma desesperación lleva a morir y a matar:

Lo sé bien, mi destino es morir aquí,
lejos de mi padre y de mi madre amados; y sin embargo
no cesaré hasta que los troyanos se hayan hartado de guerra.

[XI, 421-423]

El hombre habitado por esta doble necesidad de muerte pertenece, en tanto no se convierte en otro, a una raza diferente de la de los vivos.

¿Qué eco puede encontrar en tales corazones la tímida aspiración de la vida, cuando el vencido suplica que se le permita seguir viendo la luz? Ya la posesión de las armas de un lado, la privación de las armas por el otro, quitan a una vida amenazada casi toda importancia; y ¿cómo aquel que ha destruido en sí mismo el pensamiento de que es dulce ver la luz lo respetará en esta queja humilde y vana?

Estoy a tus rodillas, Aquiles; ten consideración de mí, ten piedad;
estoy aquí como un suplicante, oh hijo de Zeus, digno de respeto.
Pues en tu casa he sido el primero en comer el pan de Deméter,
el día en que me hiciste prisionero en mi vergel bien cultivado.
Y me vendiste, enviándome lejos de mi padre y de los míos,

a Lemnos santa; te dieron por mí una hecatombe.
Fui rescatado por tres veces más; esta aurora es para mí,

hoy, la décimo segunda, desde que volví a Ilión,
después de tantos dolores. Heme aquí todavía entre tus manos

por un destino funesto. Debo ser odioso al padre Zeus,
que de nuevo me entrega a ti; para una corta vida mi madre

me engendró, Laótoe, hija del anciano Altes...

[XXI, 74-85]

¡Qué respuesta recibe esta débil esperanza!

¡Vamos, amigo, muere también tú! ¿Por qué te quejas así?

También murió Patroclo, y valía mucho más que tú.
Y yo, ¿no ves que soy hermoso y grande?

Soy de noble raza, una diosa es mi madre;
pero también sobre mí están la muerte y el duro destino.

Será a la aurora, o por la tarde, o a la mitad del día,
cuando también a mí por las armas me arranquen la vida...

[XXI, 106-113]

Para respetar la vida de otro cuando se ha debido mutilar de uno mismo toda aspiración a vivir, es necesario un esfuerzo de generosidad que rompe el corazón. No se puede suponer a ninguno de los guerreros de Homero capaz de tal esfuerzo, salvo quizás al que en cierta manera se encuentra en el centro del poema, Patroclo, que «supo ser dulce con todos» [XVII, 671], y en la *Ilíada* no comete ningún acto brutal ni cruel. Pero ¿cuántos hombres conocemos, en varios miles de años de historia, que hayan dado muestras de una generosidad tan divina? Es dudoso que se pueda nombrar a dos o tres. Falto de esta generosidad, el soldado vencedor es como una plaga de la naturaleza; poseído por la guerra, se ha convertido en cosa, como el esclavo, aunque de manera distinta, y las palabras no tienen poder sobre él como no lo tienen sobre la materia. Uno y otra, al contacto con la fuerza, sufren su efecto infalible, que es volver mudos o sordos a aquellos a los que toca.

Tal es la naturaleza de la fuerza. El poder que posee de transformar a los hombres en cosas es doble y se ejerce en dos sentidos; petrifica de forma diferente, pero tanto a unos como a otros, las almas de quienes la sufren y de quienes la manejan. Esta propiedad alcanza su grado más alto en el medio de las armas desde el momento en que una batalla se orienta hacia una decisión. Las batallas no se deciden entre los hombres que calculan, reflexionan, toman una resolución y la ejecutan, sino entre hombres despojados de esas facultades, transformados, caídos en el nivel de la materia inerte que no es más que pasividad, o en el de las fuerzas ciegas que no son sino impulso. Ese es el secreto último de la guerra, y la *Ilíada* lo expresa mediante sus comparaciones, en las que los guerreros aparecen como semejantes al incendio, la inundación, el viento, los animales feroces, a cualquier causa ciega de desastre, o bien a animales perezosos, árboles, agua, arena, a todo lo que es movido por la violencia de las fuerzas exteriores. Griegos y troyanos, de un día a otro, a veces de una hora a otra, sufren una y otra transmutación:

Como un león que quiere matar ataca a las vacas
que en una pradera cenagosa y vasta pacen

por millares...;

[XV, 630-632]

todas tiemblan; así entonces los aqueos
con pánico fueron puestos en fuga por Héctor y por el padre Zeus,

todos...

[XV, 636-638]

Como cuando el fuego destructor cae sobre la espesura de un bosque;
por todas partes arremolinado el viento lo impulsa; entonces

los troncos sin ramas,

arrancados, caen bajo la presión del violento fuego;
así el Atrida Agamenón hacía caer las cabezas

de los troyanos que huían...

[XI, 155-159]

El arte de la guerra no es sino el arte de provocar esas transformaciones, y el material, los procedimientos, la muerte misma infligida al enemigo no son más que medios para lograr ese efecto; su verdadero objetivo es el alma de los combatientes. Pero esas transformaciones constituyen siempre un misterio, y los dioses son sus autores, ellos son quienes conmueven la imaginación de los hombres. Sea como fuere, esta doble propiedad de petrificación es esencial a la fuerza, y un alma en contacto con la fuerza no escapa a ella sino por una especie de milagro. Esos milagros son raros y de corta duración.

La ligereza de los que manejan sin respeto a los hombres y las cosas que tienen o creen tener a su merced, la desesperación que obliga al soldado a destruir, el aplastamiento del esclavo y del vencido, las matanzas, todo contribuye a crear un cuadro uniforme de horror. La fuerza es su único héroe. De ello resultaría una lúgubre monotonía si no hubiera momentos luminosos dispersos aquí y allá; momentos breves y divinos en que los hombres tienen un alma. El alma que así se despierta por un instante, para perderse enseguida bajo el imperio de la fuerza, se despierta pura e intacta; no aparece en ella ningún sentimiento ambiguo, complicado o turbio; solo el valor y el amor aparecen ahí. A veces un hombre encuentra así su alma al deliberar consigo mismo cuando trata de hacer frente al destino completamente solo, sin ayuda de los dioses o de los hombres, como Héctor delante de Troya. Los otros momentos en que los hombres encuentran su alma son aquellos en que aman; casi ninguna forma pura de amor entre los hombres está ausente de la *Ilíada*.

La tradición de la hospitalidad, aún después de varias generaciones, prevalece sobre la ceguera del combate:

Así soy para ti un huésped amado en el seno de
Argos...

[VI, 224]

Evitemos los lances entre nosotros, incluso en la confusión del combate.

[VI, 226]

El amor del hijo por los padres, del padre o de la madre por el hijo, aparece indicado sin cesar de manera tan breve como conmovedora:

Ella respondió, Tetis, derramando lágrimas:
«Has nacido de mí para una corta vida, hijo mío, como dices...»

[XVIII, 94-95]

Lo mismo el amor fraternal:

Mis tres hermanos, nacidos de una misma madre,
tan queridos...

[XIX, 293]

El amor conyugal, condenado a la desdicha, es de una pureza sorprendente. El esposo, al evocar las humillaciones de la esclavitud que esperan a la mujer amada, omite aquella cuyo solo pensamiento mancillaría de antemano su ternura. Nada tan simple como las palabras dirigidas por la esposa a aquel que va a morir:

... Más me valdría,

si te pierdo, estar bajo tierra; ya no tendré
otro recurso, cuando hayas encontrado tu destino, nada sino males

[VI, 410-413]

No menos conmovedoras son las palabras dirigidas al esposo muerto:

Esposo, has muerto antes de tiempo, tan joven; y a mí, tu viuda,

me dejas sola en casa; nuestro hijo, muy pequeño todavía

que tú y yo, desdichados, tuvimos. Y no pienso

que nunca llegue a adulto...

[XXIV, 725-728]

Pues no has muerto en tu lecho, tendiéndome las manos,

no me has dicho una palabra sabia para que

la recuerde día y noche derramando lágrimas.

[XXIV, 743-745]

La amistad más hermosa, la de los compañeros de combate, es el tema de los últimos cantos:

... Pero Aquiles

lloraba, pensando en el compañero amado; el sueño
que todo lo amansa, no lo tomó; y daba vueltas de aquí para allá...

[XXIV, 3-5]

Pero el triunfo más puro del amor, la gracia suprema de las guerras, es la amistad que sube al corazón de enemigos mortales. Hace desaparecer la sed de venganza por el hijo muerto, por el amigo muerto, borra por un milagro aún más grande la distancia entre benefactor y suplicante, entre vencedor y vencido:

Pero cuando el deseo de beber y comer se hubo calmado,
entonces el dárdano Príamo sintió admiración por Aquiles,

qué alto y hermoso era; tenía el rostro de un dios.
Y a su vez, el dárdano Príamo fue admirado por Aquiles

que miraba su bello rostro y escuchaba sus palabras.
Y cuando se saciaron de contemplarse uno a otro...

[XXIV, 628-633]

Esos momentos de gracia son raros en la *Ilíada*, pero bastan para hacer sentir con extremo pesar lo que la violencia hace y hará perecer.

Sin embargo, tal acumulación de violencias sería fría sin un acento de amargura incurable que se hace sentir continuamente, aunque solo esté indicada a menudo por una sola palabra, con frecuencia incluso por el corte de un verso, por una transposición. Por eso la *Ilíada* es algo único, por esa amargura que procede de la ternura y que se extiende sobre todos los seres humanos, igual que la claridad del sol. Nunca su tono deja de estar impregnado de amargura, nunca tampoco se rebaja al lamento. La justicia y el amor, que apenas pueden tener lugar en ese cuadro de violencias extremas e injustas, lo bañan con su luz sin que se dejen percibir más que por el acento. Nada valioso, destinado o no a perecer, se desprecia; la miseria de todos se expone sin disimulo ni desdén; ningún hombre es colocado por encima o por debajo de la condición común a todos; todo lo que se destruye es lamentado. Vencedores y vencidos están igualmente próximos, son por igual los semejantes del poeta y del oyente. Si hay una diferencia, es que la desdicha de los enemigos se siente quizá con mayor dolor.

Así cayó, adormecido por un sueño de bronce,
el desdichado, lejos de su esposa, defendiendo a los suyos...

[XI, 241-242]

¡Qué sutileza para evocar la suerte del adolescente vendido por Aquiles en Lemnos!

Once días disfrutó su corazón entre aquellos que amaba,

al volver de Lemnos; el duodécimo de nuevo
Dios lo puso en manos de Aquiles, que debía
enviarle al Hades, aunque no quisiera partir.

[XXI, 45-48]

Y la suerte de Euforbo, el que no vio más que un solo día de guerra:

La sangre baña sus cabellos, a los de las Gracias semejantes...

[XVII, 51]

Cuando se llora a Héctor:

... guardián de las esposas castas y los hijos pequeños,

[XXIV, 730]

esas palabras son suficientes para hacer aparecer la castidad mancillada por la fuerza y los niños entregados a las armas. La fuente a las puertas de Troya se convierte en objeto de agudo pesar cuando Héctor pasa corriendo junto a ella para salvar su vida condenada:

Allí se encontraban espaciosos lavaderos, muy cerca,
hermosos, todos de piedra, donde los vestidos resplandecientes
eran lavados por las mujeres de Troya y por las hijas tan bellas,

antes, durante la paz, antes de que llegaran los aqueos.
Por allí corrieron, huyendo, y el otro detrás persiguiéndole...

[XXII, 153-157]

Toda la *Ilíada* está a la sombra de la mayor desdicha que exista entre los hombres, la destrucción de una ciudad. Esa desdicha no parecería más desgarradora si el poeta hubiera nacido en Troya. Pero el tono no es diferente cuando se trata de los aqueos que mueren muy lejos de su patria.

Las breves evocaciones del mundo de la paz hacen daño, de tan calma y plena como aparece esa otra vida, la vida de los vivos:

Mientras duró la aurora y avanzaba la mañana,
de ambos lados llegaron las flechas, los hombres cayeron.

Pero a la hora en que el leñador prepara su comida
en los pequeños valles de las montañas, cuando sus brazos están cansados
de cortar grandes árboles y la lasitud le envuelve el corazón,

y el deseo del dulce alimento le oprime las entrañas,

a esa hora, por su valor, los dánaos rompieron el frente.

[XI, 84-90]

Todo lo que está ausente de la guerra, todo lo que la guerra destruye o amenaza, está envuelto en poesía en la *Ilíada*; nunca los hechos de guerra. El paso de la vida a la muerte no está velado por ninguna reticencia:

Entonces saltaron sus dientes; vino de los dos lados
la sangre a sus ojos; la sangre que por los labios y la nariz
derramaba por la boca abierta; la muerte con su negro manto lo envolvió.

[XVI, 348-350]

La fría brutalidad de los hechos de guerra no aparece disfrazada con nada, porque ni vencedores ni vencidos son admirados, despreciados u odiados. El destino y los dioses deciden casi siempre la suerte cambiante de los combates. En los límites asignados por el destino, los dioses disponen soberanamente de la victoria y la derrota; son ellos quienes continuamente provocan las locuras y las traiciones que siempre impiden la paz; la guerra es su asunto propio, y ellos no tienen otro móvil que el capricho y la malicia. En cuanto a los guerreros, las comparaciones que les hacen aparecer, vencedores o vencidos, como animales o cosas no pueden provocar ni admiración ni desprecio, sino solamente el pesar de que los hombres puedan transformarse de ese modo.

La extraordinaria equidad que inspira la *Ilíada* tiene quizá ejemplos que desconocemos, pero no ha tenido imitadores. Apenas se advierte que el poeta es griego y no troyano. El tono del poema parece dar testimonio directamente del origen de las partes más antiguas; tal vez la historia no nos aporte nunca mayor claridad al respecto. Si se cree con Tucídides[10] que, ochenta años después de la destrucción de Troya, los aqueos sufrieron a su vez una derrota, se puede preguntar si esos cantos, donde rara vez se nombra el hierro, no son los cantos de esos vencidos, algunos de los cuales tal vez se exiliaron. Obligados a vivir y

a morir «muy lejos de la patria» [XVIII, 99], como los griegos caídos ante Troya, habiendo perdido como los troyanos sus ciudades, se reconocían tanto en los vencedores, que eran sus padres, como en los vencidos, cuya miseria se asemejaba a la suya; la verdad de esta guerra, todavía próxima, se les mostraba a través de los años sin el velo que produce la ebriedad del orgullo o la humillación. Podían contemplarla a la vez como vencidos y como vencedores, y conocer así lo que nunca conocieron vencedores ni vencidos, tan cegados los unos como los otros. Esto no es más que un sueño; apenas se puede hacer algo más que soñar sobre tiempos tan lejanos.

Sea como fuere, este poema es algo milagroso. La amargura descansa en la única causa justa de amargura, la subordinación del alma humana a la fuerza, es decir, a fin de cuentas, a la materia. Esta subordinación es la misma en todos los mortales, aunque el alma la lleve de manera diferente según el grado de su virtud. Nadie en la *Ilíada* se sustrae a ella, igual que nadie se sustrae a ella en la tierra. Ninguno de los que sucumben a ella es considerado por eso despreciable. Todo lo que en el interior del alma y en las relaciones humanas escapa al imperio de la fuerza es amado, pero amado dolorosamente, a causa del peligro de destrucción continuamente suspendido. Ese es el espíritu de la única epopeya verdadera que posee Occidente. La *Odisea* parece no ser más que una excelente imitación, ora de la *Ilíada*, ora de poemas orientales; la *Eneida* es una imitación que, por brillante que sea, queda deslucida por la frialdad, la declamación y el mal gusto. Las canciones de gesta no han sabido alcanzar la grandeza por falta de equidad; la muerte de un enemigo no es sentida por el autor y el lector, en la *Chanson de Roland*, como la muerte de Roland.

La tragedia ática, al menos la de Esquilo y Sófocles, es la verdadera continuación de la epopeya. El pensamiento de la justicia la ilumina sin intervenir jamás en ella; la fuerza aparece en su fría dureza, siempre acompañada de efectos funestos a los que no escapa ni el que la usa ni el que la sufre; la humillación del alma bajo la coacción no está

disfrazada o envuelta en una piedad fácil, ni es propuesta al desprecio; más de un ser herido por la degradación de la desdicha se ofrece en ella a la admiración. El Evangelio es la última y maravillosa expresión del genio griego, así como la *Ilíada* es la primera; el espíritu de Grecia se deja ver no solo en que se ordena buscar, con exclusión de cualquier otro bien, «el reino de Dios y la justicia de nuestro Padre celestial» [Mateo 6, 33], sino también en que ahí se expone la miseria humana, y esto en un ser divino al mismo tiempo que humano. Los relatos de la Pasión muestran que un espíritu divino, unido a la carne, es alterado por la desdicha, tiembla ante el sufrimiento y la muerte, se siente, en el fondo de la tristeza, separado de los hombres y de Dios. El sentimiento de la miseria humana les da ese tono de simplicidad que es la marca del genio griego y que constituye todo el valor de la tragedia ática y de la *Ilíada*. Algunas palabras reflejan un sonido extrañamente cercano al de la epopeya, y el adolescente troyano enviado al Hades, aunque no quería partir, viene a la memoria cuando Cristo dice a Pedro: «Otro te ceñirá y te llevará adonde no quieres ir» [Juan 21, 18]. Este tono no es separable del pensamiento que inspira el Evangelio, pues el sentimiento de la miseria humana es una condición de la justicia y el amor. Quien ignora hasta qué punto la fortuna voluble y la necesidad mantienen a toda alma humana bajo su dependencia no puede considerar como semejantes ni amar como a sí mismo a quienes el azar ha separado de él mediante un abismo. La diversidad de amenazas que pesan sobre los hombres hace nacer la ilusión de que existen entre ellos dos especies distintas que no se pueden comunicar. No es posible amar y ser justo más que si se conoce el imperio de la fuerza y se sabe no respetarlo.

Las relaciones del alma humana y el destino, en qué medida cada alma modela su propia suerte, lo que una despiadada necesidad transforma en un alma cualquiera según su suerte variable, lo que por el efecto de la virtud y de la gracia puede permanecer intacto, es una materia en la que la mentira es fácil y seductora. El orgullo, la humillación, el odio, el desprecio, la indiferencia, el deseo de olvidar o

ignorar, todo contribuye a esa tentación. En particular, nada es más raro que una expresión justa de la desdicha; al describirla, se finge casi siempre creer o bien que la decadencia es una vocación innata del desdichado, o bien que un alma puede llevar la desdicha sin recibir su marca, sin que cambie todos los pensamientos de una manera que solo le pertenece a ella. Los griegos tuvieron con frecuencia la fortaleza de alma que permite no engañarse; fueron recompensados por ello y supieron alcanzar en todo el más alto grado de lucidez, de pureza y de simplicidad. Pero el espíritu que se transmite de la *Ilíada* al Evangelio, pasando por los pensadores y los poetas trágicos, apenas franqueó los límites de la civilización griega; y desde que Grecia fue destruida, no quedan más que reflejos.

Romanos y hebreos se creyeron, unos y otros, sustraídos a la común miseria humana: los primeros, en tanto que nación escogida por el destino para ser la dueña del mundo, los segundos, por el favor de su Dios y en la medida exacta en que le obedecían. Los romanos despreciaban a los extranjeros, los enemigos, los vencidos, a sus súbditos, a sus esclavos; por eso no tuvieron ni epopeyas ni tragedias. Reemplazaron las tragedias por los juegos de gladiadores. Los hebreos veían en la desdicha el signo del pecado y por ello un motivo legítimo de desprecio; consideraban a sus enemigos vencidos como horribles ante el mismo Dios y condenados a expiar crímenes, lo que hacía que la crueldad estuviera permitida y fuera incluso indispensable. Por eso ningún texto del Antiguo Testamento tiene un sonido comparable al de la epopeya griega, salvo tal vez ciertas partes del poema de Job. Romanos y hebreos han sido admirados, leídos, imitados en actos y palabras, citados siempre que había que justificar un crimen, durante veinte siglos de cristianismo.

Además, el espíritu del Evangelio no se transmitió puro a las generaciones sucesivas de cristianos. Desde los primeros tiempos se creyó ver un signo de la gracia en el hecho de que los mártires padecieran los sufrimientos y la muerte con alegría; como si los efectos de la gracia pudieran ir más lejos en los hombres que en Cristo.

Quienes piensan que el mismo Dios, una vez hecho hombre, no pudo tener ante sus ojos el rigor del destino sin temblar de angustia habrían debido comprender que solo pueden elevarse en apariencia por encima de la miseria humana los hombres que disfrazan a sus propios ojos el rigor del destino mediante el recurso a la ilusión, la embriaguez o el fanatismo. El hombre que no está protegido por la armadura de la mentira no puede sufrir la fuerza sin ser alcanzado por ella hasta el alma. La gracia puede impedir que esta herida le corrompa, pero no puede impedir la herida. Por haberlo olvidado, la tradición cristiana no ha sabido reencontrar sino muy raramente la simplicidad que hace punzante cada frase de los relatos de la Pasión. Por otra parte, la costumbre de convertir mediante coacción ha velado los efectos de la fuerza sobre el alma de quienes la manejan.

A pesar de la breve embriaguez producida en el Renacimiento por el descubrimiento de la literatura griega, el genio de Grecia no ha resucitado en el curso de veinte siglos. Aparece algo en Villon, Shakespeare, Cervantes, Molière, y una vez en Racine. La miseria humana es puesta al desnudo, a propósito del amor, en *L'École des Femmes*, en *Fedra*; extraño siglo, por otra parte, donde, al contrario de la edad épica, solo se permitía percibir la miseria del hombre en el amor, mientras que los efectos de la fuerza en la guerra y en la política debían estar siempre envueltos de gloria. Quizá se podrían citar otros nombres más. Pero nada de lo que han producido los pueblos de Europa vale el primer poema conocido que apareciera en uno de ellos. Recuperarán tal vez el genio épico cuando sepan no creer nada al abrigo de la suerte, no admirar nunca la fuerza, no odiar a los enemigos y no despreciar a los desdichados. Es dudoso que esto suceda pronto.

ÉMILE NOVIS

* Traducción de Agustín López y María Tabuyo.

* La traducción de los pasajes citados es nueva. Cada línea traduce un verso griego, los encabalgamientos y transposiciones se reproducen escrupulosamente; el orden de las palabras griegas en el interior de cada verso se respeta en lo posible [*Nota de Simone Weil*]. Los números entre corchetes indican el canto del poema y los versos respectivos [*N. del E.*].

1. [Es el tema del canto IX].
2. [Alusión a XXI, 200 ss.].
3. [Alusión a XXII, 354].
4. [Alusión a XXIII, 175-176].
5. [Alusión a I, 92-94].
6. [Alusión a I, 318].
7. [Véase XI, 600 ss.].
8. [Heródoto, *Historias*, II, 113 ss.].
9. [La llanura de Craonne, tomada y retomada varias veces en 1917 y 1918 durante los combates de la Primera Guerra Mundial. El pueblo fue completamente destruido. La «Canción de Craonne», recogida en el frente por Paul Vaillant-Couturier, incluye dos veces el estribillo «Todos estamos condenados / nosotros, los sacrificados»].
10. [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, libro I, cap. XII, 4].

CUADERNOS*
(selección)

Homero — *Ilíada*

La fuerza.

La fuerza hace del hombre una cosa. Primero, literalmente, matándole. La *Ilíada* pinta cien veces ese cuadro del hombre al que la muerte convierte súbitamente en una cosa.

... Pero estos, tendidos en tierra,
eran ya más gratos a los buitres que a sus propias esposas.

[XI, 161-162]

La cabeza, antes tan graciosa, se hundía
en el polvo; porque Zeus la entregó entonces a los enemigos,

para que allí, en su misma patria, la ultrajaran.

[XXII, 402-404]

En el lado opuesto, y como un rayo, aquella paz perdida en la que el hombre era tomado en consideración:

¡Ingenua! Ignoraba que Palas Atenea, la de brillantes ojos,

le había hecho sucumbir, lejos de los cálidos baños,
a manos de Aquiles.

[XXII, 445-446]

Así como puede matar, la fuerza puede también hacer del hombre, sin matarlo y aún vivo, una cosa. Estado de violencia, muerto y vivo. Al más débil solo le queda optar entre ese estado y el de cadáver.

Y quizás luego tejas tela en Argos, a las órdenes de otra,

o vayas por agua a las fuentes...
muy contrariada porque la dura necesidad pesará sobre ti.

[VI, 456-458]

Pronto se las llevarán en las cóncavas naves,

y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás
y tendrás que ocuparte en viles oficios,

trabajando en provecho de un amo cruel....

[XXIV, 731-734]

El intermediario es el que todavía no se ha convertido en cadáver, pero lo hará:

... Con tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba;

pero fue amarga la respuesta que escuchó.

[XXI, 97-98]

Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón
del teucro, que, soltando la lanza, se sentó
y tendió ambos brazos...

[XXI,114-116]

Este ser (el débil), del cual pueden hacer una cosa en un instante, no impone más límites a los reflejos del fuerte que los que impondría la presencia de una cosa.

Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre.

Y cogiendo la mano de Príamo, apartólo suavemente.

Los dos lloraban: uno, por Héctor, matador de hombres,
derramaba copiosas lágrimas postrado a los pies de Aquiles;

este las vertía, unas veces por su padre, y otras por
Patroclo; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda.

[XXIV, 507-512]

Tan peligrosa se ha vuelto cualquier expresión de su existencia que el débil, por su parte, imita la cosa inerte.

El gran Príamo entró sin ser visto.

[XXIV, 477]

El fuerte le permite salir a cualquier precio... Briseida...

[Cuaderno I, pp. 25-27]

La ilusión. Fuerza, guerra, y las siete moscas[1]. La guerra es el ama de todos; a unos los hace libres, y a otros, esclavos; a unos, hombres, y a los otros, dioses. Y su ley es: las siete moscas.

Lectura. (En cierto sentido) solo se nos dan sensaciones, y, hagamos lo que hagamos, (en cierto sentido) nunca podemos pensar, nunca, otra cosa que no sean sensaciones. Sin embargo, las sensaciones, nunca las podemos pensar; leemos a través de ellas. ¿Y qué es lo que leemos? No cualquier cosa, a capricho nuestro. Ni tampoco cualquier cosa que no dependa de alguna manera de nosotros.

El mundo es un texto de variadas significaciones, y se pasa de una a otra mediante un trabajo. Un trabajo en el que el cuerpo siempre participa, como cuando aprendemos el alfabeto de una lengua extranjera: ese alfabeto debe ir metiéndose en la mano a fuerza de escribir las letras.

Al margen de esto, cualquier cambio en la manera de pensar resulta ilusorio.

[Cuaderno III, pp. 155-156]

La guerra constituye una manera de imponer una lectura distinta de las sensaciones, es una acción sobre la imaginación de un semejante.

Las sensaciones nos vienen impuestas desde fuera, aunque también nosotros podemos causárnoslas —siempre y en cualquier situación— de una manera no inmediata.

La lectura de las sensaciones, lo que a través de ellas leemos, también nos viene impuesto, aunque también en este caso tenemos encima un poder, no inmediato, gracias al trabajo y al hábito en que interviene el cuerpo.

A este respecto, cabe distinguir dos poderes: el de encontrarse o no en una situación (por ej. delante de una máquina, en la cárcel, con una espada en el cuello, o con ella en la mano, con o sin dinero en el bolsillo, etc.), que en cierta manera, aunque solo en cierta manera, nos pertenece; y el de leer de una u otra manera, estando en una determinada situación.

Hay frases (combinaciones de palabras) que un hombre superior no pronuncia, y que solo un hombre inferior lo hace. Y existen otras que indistintamente pronuncian un hombre superior y un hombre inferior, aunque los sentidos que les dan son diferentes. Lo que no existe, desde luego, son frases que solo pronuncia el hombre superior, aunque sea él quien las pronuncie primero (pues los demás están siempre en condiciones de repetirlas).

Lo mismo se puede decir de las acciones — con la diferencia de que la acción es única y varía indefinidamente.

Hay dos maneras de cambiarle a un semejante la forma en que lee las sensaciones, su relación con el universo: la fuerza (cuya manifestación extrema es la guerra) y la enseñanza. Las dos operan sobre la imaginación. La diferencia está en que aquel no se asocia a la primera (solo reacciona), y sí a la segunda.

Es posible que con el uso de la fuerza pueda humillarse a alguien, o impedir que se le humille; pero solo con la enseñanza se le puede educar[2].

Existe una tercera manera, la belleza (el ejemplo).

¿Podemos combinar la primera con alguna de las otras dos?

Tal vez solo está permitido hacer un uso negativo de la fuerza.

La diferencia entre el sentido de la *Bhagavad-Gita* y el espíritu de Juana de Arco: mientras aquel[3] hace la guerra pese a que Dios le inspira, esta hace la guerra porque Dios la inspira.

(Pensar en Dios, amar a Dios, no es más que una cierta manera de pensar el mundo).

La guerra es el artificio por excelencia. El manejo de las armas puede tener por objeto acabar con un artificio (Maratón), o instalar un artificio duradero (Imperio romano). En el primer caso se da una contradicción interna que no se da en el segundo. En cuanto se desenvainan las armas, se instala el dominio del artificio; la no-resistencia no es un medio de sustraerse al mismo; incluso Cristo estuvo privado en algún momento de Dios. El contacto con la fuerza, no importa por qué lado se produzca (si por la empuñadura de la espada o por su punta), priva en algún momento de Dios. La *Bhagavad-Gita* es eso. La *Bhagavad-Gita* y el Evangelio se complementan.

Asimismo hay algo esencialmente falso en el Antiguo Testamento (en algunas partes), y también en la historia de Juana de Arco; esas voces forman parte del artificio. Jeová también.

Ya pueden ser justas las causas del vencedor y del vencido, que eso no va a hacer menos inevitable el daño que tanto la victoria como la derrota producen. Está prohibido esperar y escapar. Por eso mismo, Cristo no bajó de la cruz, y, en el momento más doloroso, ni siquiera pensó que resucitaría. Por eso mismo, el otro[4] ni dejó las armas ni detuvo la batalla.

¿Acaso no es verdad que la conquista no es más que una mala manera de buscar el *atman* idéntico al *brahman*? Para ser idéntico al universo el hombre tiene necesidad de estar solo. (*Aunque si se queda solo eliminando a los demás, la única perspectiva es la suya*). Tengo derecho a apropiarme de todas las cosas, pero los demás me estorban. He de tomar las armas para acabar con ese estorbo. Pero esta

apropiación puede tener la consideración de infinita —o bien de finita si algo finito, como por ejemplo un terreno rural, hace de equivalente del universo—. En este segundo caso, no hay motivo para negar que los demás posean también el universo en forma de objeto finito, siempre que estos objetos finitos mantengan entre sí relaciones armoniosas. Ahora me basta con infligir al enemigo un daño limitado, sin embargo, no puedo hacerlo, pues el uso de las armas lleva en sí lo ilimitado.

Lo infinito del hombre está a merced de un pequeño trozo de acero; esa es la condición humana; el espacio y el tiempo son la causa. Imposible manejar el trozo de acero como no sea reduciendo bruscamente lo infinito del hombre a un punto en la punta y a un punto en la empuñadura, y pagando como precio un dolor desgarrador. E imposible no manejarlo. En un momento, el ser entero queda afectado; no hay sitio para Dios en él, ni siquiera en Cristo, cuyo pensamiento de Dios al menos no es más que el de una privación. Para que haya encarnación hay que llegar hasta ahí. El ser entero deviene privación de Dios; ¿de qué manera se puede seguir? Después de eso, solo queda la resurrección. Para llegar a ella es preciso el frío contacto con el desnudo acero.

Tomar las armas; pensar en todo lo que perderemos en caso de ser vencidos, y en lo que haremos que pierdan otros a los que amamos como a nosotros mismos en caso de ser vencedores. No es permisible asumir esta pérdida como propia, y dejarles toda licencia. Cristo lo hizo, sí, pero como un simple particular al que condenan unas autoridades legítimamente establecidas. Pero cuando sintamos el frío del acero, nos limitaremos, incluso ante grandes riesgos, y no bien pase la amenaza, lo soltaremos.

Si al contacto con el acero no nos sentimos, como Cristo, separados de Dios, es que se trata de otro Dios. Los mártires no se sentían separados de Dios, pero es porque se trataba de otro Dios, y tal vez hubiera sido mejor no ser mártir. El Dios en el que los mártires hallaban su alegría en medio de las torturas y la muerte es pariente del

que adoptó oficialmente el Imperio romano, y que luego impuso mediante el exterminio.

[Cuaderno III, pp. 156-159]

Guerra

El contacto con la fuerza es hipnótico; te sume en el sueño. Soporta despierto la fuerza, manéjala despierto — aunque, cuidado: pues entre otros aspectos del estado de sueño, hay una ilusión de extrema lucidez que no es la vigilia. — Respecto a los demás, al sumirlos en el sueño, póngase cuidado en que sea el sueño penoso que provoca el deseo de despertarse (que no sea tan horrible que te prive de ese deseo), y procúreseles una posibilidad de despertar.

Los . [*alemanes*] solo serán . [*vencidos*] cuando ellos quieran. Impongámosles esa voluntad. Aníbal[5]. Sumámosles en una pesadilla de manera que solo aspiren a despertarse.

Pensamiento como acción: la preparación indirecta por concentración sin objeto o sobre un objeto distinto.

Criterio: el miedo y el gusto por matar. Evítense lo uno y lo otro. ¿De qué manera? En E[*spaña*] me parecía un esfuerzo que te destrozaba el alma, imposible de sostener por mucho tiempo. Hágase de manera que pueda sostenerse ese esfuerzo.

Igual que cuando se compone música o se escribe poesía se apunta a un cierto silencio interior del alma, y se disponen los sonidos o las palabras de manera que pueda transmitirse a otro la aspiración a ese silencio perceptible, así debe operarse con las armas y el deseo de paz.

El arte de las armas es también un arte.

«La guerra es la continuación por otros medios de la política de paz»[6]. El uso de las armas tiene un fin, y debe modelarse mirando a ese fin.

Este fin es una de estas tres cosas:

1. O la creación en el enemigo de una disposición a obedecer la voluntad del Estado en cuestión, independientemente de cuál sea esa

voluntad (la guerra por aniquilación del enemigo, de los romanos).

2. O la obtención de ciertas ventajas concretas y definidas que no se han podido obtener en la negociación; el combate no es, entonces, sino un episodio más de la negociación que debe producir en el enemigo un daño mayor que el de la pérdida de unas ventajas contestadas, sin por ello provocar el terror o un resentimiento imposible de reparar (guerras del siglo XIX, Sadowa, ¿1870?).

3. O la creación en el enemigo del deseo de paz (guerra defensiva).

Es fácil pasar del 3 al 1 (y a veces del 2 al 1), pero no hay que hacerlo.

El objetivo es cambiarle el alma al enemigo; la muerte no es más que un medio para ello. Matar *lo menos posible* (Lawrence).

Hacer de la guerra simplemente un medio de persuasión (en los tres casos).

Al deseo de paz, de seguridad y de vida — podemos aplicarle el «*satyah kama anrita-apidhanah*»[7]. No hay que renunciar a él, aunque se esté casi seguro de que se va a morir; lamentar que tenga que ser así, pero desterrar la nostalgia, el sueño de la seguridad; descender dentro de sí hasta el verdadero deseo. Adquirir, entonces, el valor, sin crueldad... Y lo mismo en cuanto a la necesidad de matar, aunque aquí el peligro es mayor.

Mantener intacto el amor a la vida (no como Aquiles), y no dar nunca la muerte sin antes haberla aceptado para sí.

¿Desearíamos la muerte de alguien en el caso de que su vida estuviera ligada a la nuestra hasta el punto de que las dos muertes hubieran de ser simultáneas? Solo si nuestro cuerpo y nuestra alma aspiran por entero a la vida, y, a pesar de ello, podemos responder afirmativamente a esa pregunta sin necesidad de mentirnos, tenemos derecho a matarle.

Nunca en nigún otro caso.

Y sin embargo, ¿es suficiente? Es preciso también desear que el otro viva, aunque la necesidad se oponga.

El método de guerra no es el mismo según se esté en el supuesto 1, en el 2 o en el 3. No se debe copiar al adversario.

Mi idea esencial de 1934 es esta: lo importante no es el fin, sino las consecuencias que implica el propio mecanismo de los medios puestos en juego.

Esto es claro siempre que los medios no estén adaptados a su fin, dentro de su estructura, dentro de su mecanismo. Pero deben adaptarse.

Ej.: una victoria del tipo 1 no durará a no ser que se esté dispuesto a ejercer sobre el país enemigo un dominio de amo a esclavo. En caso contrario, la victoria no es un éxito. Aníbal[8]. ¿1918?

Para el supuesto 3 se precisa una táctica y una estrategia del mismo tipo 3.

La causa de las guerras: todo hombre, todo grupo humano se siente legitimado como dueño y señor del universo. Pero esta posesión resulta equívoca si no se comprende que para acceder a ella —en la medida en que eso le es posible al hombre en la tierra— hay que pasar por cada cual, por el propio cuerpo (por lo *finito*).

Alejandro y un campesino (propietario), como don Juan y un marido feliz.

Las relaciones humanas. Las que llevan infinito en sí son injustas. No obstante, aunque todo cuanto remite al hombre es finito y mensurable, llega un momento en que lo infinito entra en juego.

[Ej.: si dos hombres tienen por todo alimento, uno, 500 g de pan al día, y el otro, 550, la diferencia es finita; sin embargo, si uno tiene 100 g, y el otro tiene 3 kg, entonces la diferencia es infinita, porque lo que para uno es todo para el otro constituye una cantidad despreciable].

Como en la física, es la noción de cantidad despreciable la que conforma el paso de lo finito a lo infinito.

[Cuaderno III, pp. 165-167]

Querer que otros lean el sueño de uno. H[*itler*].

Confusión de nivel. Legítimo si se trata de una lectura verdadera.

Sí, pero...

Los demás no pueden leer la verdad si no es con su propio esfuerzo.

¿Y el uso de la fuerza?

El uso de la fuerza para detener un sueño, no para imponérselo a otro. Negativo.

No querer cambiar el propio peso en la balanza del mundo — la balanza de oro de Zeus[9].

Poseemos una fuerza limitada. Querer hacer un uso pleno de ella, pero no más.

¿Qué sentido..?

El barco.

Estatuas griegas, seres inmóviles hechos por seres inmóviles.

Leer en todas las apariencias que el mundo existe.

Leer en todas las apariencias a Dios.

Y nada menos que eso.

[Cuaderno III, p. 175]

Gita. ¿Hay dos sentidos posibles? ¿Matar dentro de uno mismo a los maestros, a los amigos, a los parientes? Una muerte interior.

Matar es siempre matarse. Dos maneras de matarse: suicidio (Aquiles) y desapego.

Queda una tercera manera de matar, que es la de ignorar que aquellos a los que matamos existen — y no como cosa-por-matar. (El resto de la *Ilíada*; España).

Matar con el pensamiento todo cuanto se ama: única manera de morir. Pero solo lo que se ama.

No desear que lo que se ama sea inmortal.

Aquellos a los que vas a matar son mortales.

Ante alguien muerto, sea el que fuere, no desear que sea inmortal ni que esté muerto.

[Cuaderno III, pp. 175-176]

* Traducción y notas de Carlos Ortega.

1. [Del cuento de Grimm *El sastrecillo valiente*].
2. [Simone Weil se ampara aquí en la polisemia de la palabra francesa *élever*, que significa al mismo tiempo «alzar, levantar» y «educar». En español se pierde el juego].
3. [Arjuna, el héroe de la *Gita*].
4. [Arjuna].
5. [Probable alusión a la actitud que mantuvo el cartaginés cuando, después de su victoria en Cannas (216 a.C.), no solo no invadió Roma, sino que envió un mediador con una propuesta de paz al que ni siquiera se le permitió pisar territorio romano (Tito Livio, XXII, 58)].
6. [Clausewitz, *De la guerra*, cap. I, § 24].
7. [*Chandogya Upanisad*, 8, 3, 1: «Estos deseos son deseos reales cubiertos por lo irreal»].
8. [La negativa de Aníbal a atacar Roma fue criticada por uno de sus generales (según Tito Livio, XXII, 51): «Tú, Aníbal, sabes vencer. Pero no sabes aprovechar la victoria»].
9. [Zeus pesaba las vidas de los hombres en una balanza de oro cada vez que había que dilucidar el destino de dos seres enfrentados (*Ilíada*, VIII, 69, y XXII, 209), de manera que arrojaba la suerte de cada uno en sus platillos, y aquella que pesaba más determinaba la muerte del poseedor].